

Historias y Leyendas San Mateo



Un aporte del Centro Diurno para la
Atención Integral de San Mateo de Alajuela

UCR

Tradiciones de
Costa Rica
TCU-486 UCR

Créditos

Universidad de Costa Rica

Vicerrectoría de Acción Social

Sección de Trabajo Comunal Universitario

Proyecto TCU-486 "Contribución a la conservación y revitalización de la Cocina Tradicional de Costa Rica".

Informantes sobre Historias y Leyendas del pueblo de San Mateo:

Sra. Floribeth Cubero, Administradora Centro Diurno de San Mateo.

Sr. Javier Muñoz, Sra. Daisy Serrano, Personal de apoyo del Centro Diurno de San Mateo.

Grupo de personas adultas mayores integrantes del Centro durante el período de recolección de las historias y leyendas.

M Sc. Patricia Sedó Masís, Responsable del proyecto TCU-486 y de la edición del documento.

Grupo de estudiantes que asistieron al Centro Diurno durante el período 2011-2015:

Natalia Aguilar Rowe (Antropología), Cristina Arrieta Leandro (Nutrición) Jorge Brenes (Ingeniería Agrícola), Laura Calvo Monge (Trabajo Social), Gimena Cortés (Comunicación Colectiva), Lorna Chaves (Sociología), Adriana Chinchilla Álvarez (Trabajo Social), Kimberly Elizondo Solano (Comunicación Colectiva), Inés Gamboa (Enseñanza de los Estudios Sociales), Irene Gómez (Trabajo Social), Silvia González Ortiz (Antropología), Irene Guzmán (Comunicación Colectiva), Adriana Hernández (Enseñanza de los Estudios Sociales), Priscilla Jiménez Vargas (Administración Pública), Adriana Marchena Fennell (Filología Española), Mónica Masís (Trabajo Social), Mónica Meño (Filología Española), Daniela Meza (Nutrición), Sandra Molina Chacón (Archivística), Elsebeth (Filología Española), Andrea Monge (Trabajo Social), Fernando Obando Reyes (Antropología), Ronald Ramírez (Enseñanza de los Estudios Sociales), Cristina Rojas (Enseñanza de los Estudios Sociales), Raquel Salazar Solano (Diseño Gráfico), Nazareth Solís (Antropología) Juan Carlos Soto (Diseño Gráfico), Sheraly Vargas (Enseñanza de los Estudios Sociales), Rosa Villalobos (Antropología).

Revisión filológica: Dahiana Jiménez Picado (Filología Española).

Diseño: Yessenia Otárola (Comunicación Colectiva).

Presentación

El Centro Diurno de Atención Integral para la Persona Adulta Mayor de San Mateo se complace en presentar la recopilación de algunas historias y leyendas del pueblo de San Mateo. Este trabajo contó con el apoyo del proyecto de Trabajo Comunal Universitario (TCU) “Revitalización de las tradiciones alimentarias de Costa Rica con la participación de personas adultas mayores” de la Universidad de Costa Rica.

El proceso de recopilación de historias y leyendas se realizó durante el 2011 y el 2015, para lo cual estudiantes de distintas carreras, participantes del TCU, contribuyeron a sistematizar lo narrado por integrantes del Centro Diurno, quienes aceptaron contar varias anécdotas e historias, con la finalidad de compartirlas con otras personas, dar a conocer curiosidades de su pueblo y favorecer el intercambio cultural.

Cada historia fue narrada por las personas de forma espontánea, tanto de forma individual como en grupo. Cada una fue escrita o grabada y, posteriormente, transcrita. Seguido a esto, cada una de las historias fue revisada en grupo para corregir o ampliar la información.

Los temas centrales de estos relatos son muy variados. En las historias se reflejan momentos significativos en el ámbito personal y grupal, así como elementos mágicos que forman parte de las historias y leyendas locales de un pueblo que conserva su historia, y se identifica con las carretas, los bueyes, las montas de toros, los bailes en el parque, las pozas de ríos cristalinos, la música de marimba y las frutas, entre las que sobresalen los marañones.

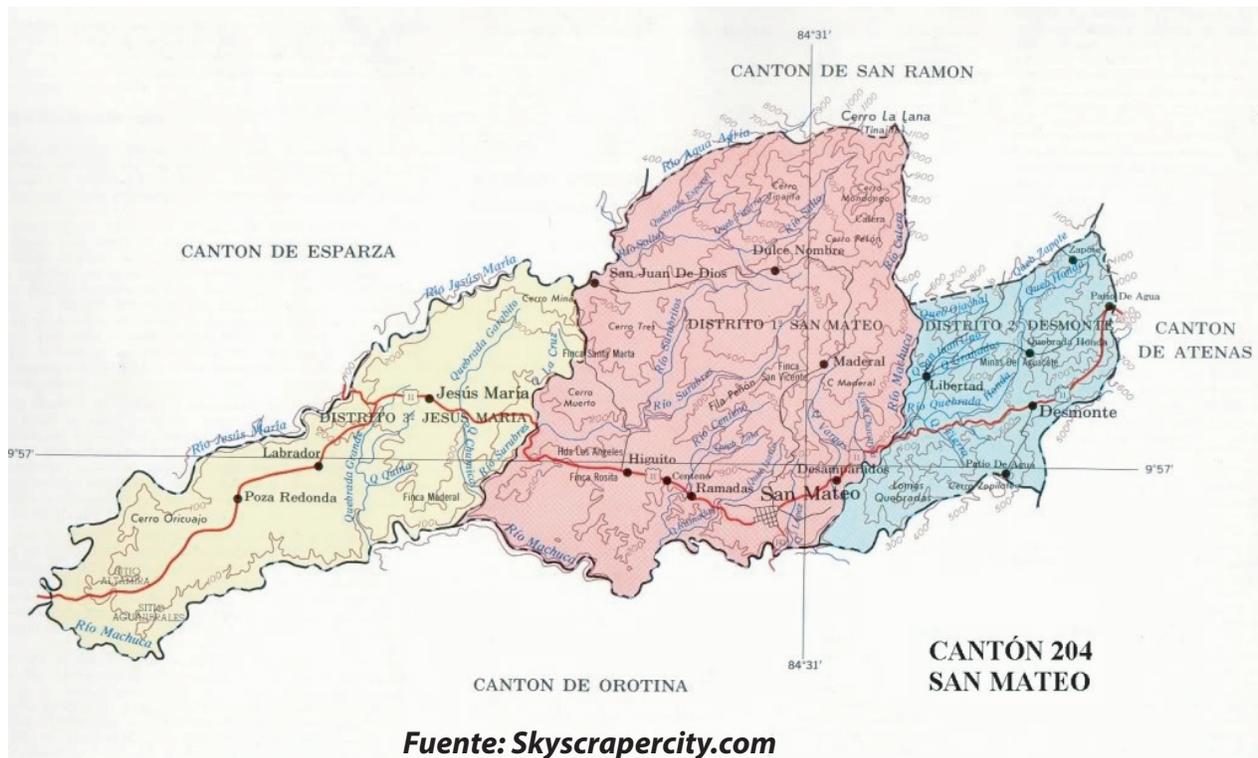
Es nuestro deseo extender un agradecimiento especial a todas las personas que contribuyeron de forma directa o indirecta en este trabajo, el cual es una muestra del aporte que las personas adultas mayores pueden dar en la conservación de las tradiciones locales, como referentes y testigos vivenciales de la historia.



Historias



Datos históricos de San Mateo



Fuente: Skyscrapercity.com

El pueblo de San Mateo pertenece a la provincia de Alajuela, siendo uno de los primeros cantones fundados en dicha provincia.

Según la Ley No. 20, del 24 de julio de 1867, el poblado se registra con el nombre de San Mateo, al cual pertenecían los distritos de San Mateo, Santo Domingo (Orotina), Desmonte y San Pablo (Turrubares).

Posteriormente, con el crecimiento demográfico y el desarrollo socioeconómico, Orotina y Turrubares se convirtieron en cantón. En 1868, San Mateo se declara como cantón de Alajuela con el mismo nombre, designándose la población de San Mateo como cabecera del mismo.

Este cantón presenta una extensión aproximada de 24 km en dirección de noreste a sureste, desde el poblado conocido como Zapote hasta la confluencia de los ríos Jesús María y Machuca, los cuales son referencia geográfica de esta zona, y forman parte de la identidad sociocultural y riqueza natural del pueblo de San Mateo.

Este pueblo limita con los cantones de San Ramón, Esparza, Atenas y Orotina, y está integrado por los

distritos de San Mateo, Desmonte y Jesús María, tal como se muestra en el mapa adjunto.

El sistema fluvial del cantón de San Mateo, corresponde a la vertiente del Pacífico, el cual pertenece a las cuencas de los ríos Jesús María y Grande de Tárcoles. La primera cuenca es drenada por el río Jesús María, con sus afluentes los ríos Machuca, Salto y Agría. Al río Machuca se unen los ríos Surubres, Centeno, quebrada Honda y las quebradas Pital, Vargas y Calera. Todas estas afluentes nacen en el cantón de San Mateo, con excepción del río Jesús María.

Los ríos Jesús María, Agría y Machuca, y las quebradas Pital y Calera, son límites cantonales. El río Jesús María limita con Esparza, sobre el cual se construyó en piedra el Puente Damas, declarado patrimonio histórico arquitectónico del país. El río Agría y la quebrada Calera forman parte del límite entre San Mateo y San Ramón; mientras que el río Machuca es el límite natural con Orotina. La cuenca del río Grande de Tárcoles comprende un sector pequeño, al oeste de la región, la cual es drenada por la quebrada Concepción, cuyas aguas van de noreste a suroeste y es límite entre los cantones de San Mateo y Atenas.

Los ríos Jesús María y Machuca tienen un vínculo fuerte con las historias locales de San Mateo, evidenciado en las historias narradas por los integrantes del Centro Diurno. En estas historias destaca como tema central la recreación familiar, con actividades como la pesca en las cristalinas aguas y el interés por ir a los márgenes del río Machuca para tener contacto con la tierra lodosa, a la que se le atribuyen propiedades curativas. Por su parte, en las leyendas resaltan las actividades de pesca nocturna y los encuentros con seres sobrenaturales, como brujas y duendes.

En el escudo oficial de este cantón alajuelense, se sobresalen dos actividades de producción claves en la zona: la agricultura y la ganadería. Además, resalta la carreta en el campo, como un símbolo del cantón que recuerda la tradición del boyeo y la carreta y el papel que jugó San Mateo como ruta de transporte y comercio en el siglo XIX. Asimismo, sobresale una canasta de frutas, entre las que se encuentra el marañón y el mango, que nos recuerda que San Mateo y sus zonas aledañas destacan en el país por la producción de frutas de alta calidad, con gran disponibilidad en época de verano.

El pueblo de San Mateo conserva una rica historia que data desde la época precolombina. Esta zona formaba parte de los dominios del Reino Huetar de Occidente, que comprendía desde los cerros del Aguacate hasta el litoral del Pacífico, a cargo del cacique Coyoche. El valle donde se ubicaba este poblado era conocido como el Valle del Coyoche, nombrado posteriormente por los españoles como Valle de La Cruz.

El primer conquistador español que puso sus pies en esta zona fue don Gil González Dávila en 1522, al realizar su primera expedición al interior del territorio nacional; y en 1561 don Juan de Cavallón fundó el primer poblado denominado Villa de los Reyes en los llanos de Santo Domingo (conocido actualmente como Orotina).

En la época colonial, San Mateo destacaba como un lugar de refugio para los que transitaban por la ruta hacia el puerto de Puntarenas. A lo largo del Camino Nacional que se trazó desde Esparza hasta

Cartago comenzaron a surgir focos de población y haciendas dedicadas a la ganadería.

Con el establecimiento de varias familias en el refugio, se decidió construir en 1777 el primer oratorio, atendido por los sacerdotes de Esparza, quienes se desplazaban hasta este lugar para la celebración de los sacramentos. En 1859, bajo el episcopado de Monseñor Pbro. Anselmo Llorente y Lafuente, el oratorio se declaró como parroquia, dedicada al Apóstol San Mateo, lo cual fue determinante para la asignación del nombre al poblado, al que antiguamente se conocía como Llanos de San Mateo.

El Camino Nacional trazado entre 1843 y 1845 por la Sociedad Económica Itineraria para el tránsito de las carretas desde San José a Puntarenas, salía del centro de la capital, pasaba por la Uruca y continuaba por el río Virilla. La ruta se dirigía al centro de Heredia, pasaba por San Joaquín de Flores y continuaba hacia la ciudad de Alajuela. Luego, se tomaba el camino de La Garita y en río Grande estaba un puesto de Aduana, lugar donde se mantenía el control migratorio.

En el puesto aduanal se autorizaba el ingreso a nuestro país. Las personas que transitaban por este camino debían presentar el pasaporte, pagar los impuestos de ingreso y los encargados les revisaban las valijas o mercancías que portaban. El Camino Nacional continuaba por Atenas, se dirigía al Monte del Aguacate, Desmonte, San Mateo, Esparza, Río Barranca, hasta llegar a Puntarenas (Castro, 2008).

El trazado del Camino Nacional, la cercanía de los llanos de San Mateo a la Aduana y al puerto, su riqueza natural y fuentes de preciosas maderas y minería hizo que esta zona se poblara con rapidez, pues además el clima y las llanuras favorecían las actividades agrícolas así como la ganadería.

Además de la ganadería, una de las actividades zaron a operar las minas San Rafael, Oreamuno, Los Castro, La Minita, San Miguel, Quebrada Honda y Machuca.

Como lugar de sesteo y principal centro comercial

en esta zona, San Mateo experimentó un desarrollo socioeconómico importante en la región. Como lugar de sesteo, en San Mateo los boyeros podían descansar, dar mantenimiento a las carretas, cuidar a los bueyes, y a la vez adquirir alimentos y otros productos necesarios para su travesía. Para esa época, la carreta era el principal medio de transporte y con el auge de la actividad comercial, la travesía de carretas cargadas de café, caña de azúcar, banano y otras mercancías era cada vez mayor.

El trazado original del Camino Nacional fue cambiado en la primera administración del Dr. José María Castro Madriz. El conflicto político que vivía el país hizo que los vecinos de Alajuela tomaran por la fuerza las armas que se transportaban en carreta desde Puntarenas hacia la capital, y generaran serios problemas al gobierno, al punto de provocar un golpe de Estado. Como reacción ante esta situación, el presidente Castro Madriz confinó a su antecesor, el Dr. José María Alfaro Zamora, y a su hermano el General Florentino Alfaro, en el poblado indígena del Térraba. Tal situación generó gran disgusto a los habitantes de Alajuela, y ante un riesgo de mayor sublevación las autoridades de San José decidieron desviar los caminos para que las carretas provenientes del puerto no tuvieran que pasar por el centro de Alajuela, ante la posibilidad de perder armas. Por consiguiente, se habilitó un nuevo camino por lo que actualmente se conoce como “Calle Los Llanos” que entronca a La Garita con San Rafael de Alajuela; para luego seguir por San Antonio de Belén, Asunción, La Pitahaya, El Barreal, la Valencia y llegar por último a Río Virilla (Castro, 2008).

Por su parte, la construcción de la cañería se inició en 1905, en el gobierno de don Ascensión Esquivel Ibarra; mientras que el primer alumbrado público eléctrico se instaló en 1913, en la primera administración de don Ricardo Jiménez Oreamuno. La primera escuela en San Mateo se estableció en 1876; no obstante tiempo después de fundada fue cerrada. El actual edificio del centro escolar, dedicado a Tobías Guzmán Brenes, se construyó en 1957, durante la presidencia de José Figueres Ferrer. Posteriormente, inicios de la década de 1970 se creó el Colegio Técnico Profesional Agropecuario.



Por el camino de carretas



Fuente: eltallerdelcolor.blogspot.com

En la época colonial, la única vía que comunicaba el interior del Costa Rica con Guatemala y Panamá era el llamado Camino Real, conocido también como "Camino de mulas". Este camino se caracterizaba por estar conformado de veredas y trillos, donde los transeúntes viajaban a pie o caballo, transportando las mercancías en sacos bajo los lomos de mulas o burros.

Los primeros escritos sobre el Camino de mulas datan de 1640. En ellos se indica que por esta ruta se trasladaba tabaco y cacao, envueltos en fardos de cuero y transportados en sacos o grandes alforjas. De igual forma, por esta ruta se arriaba las mulas traídas desde Guatemala, para ser vendidas en Panamá. Las exportaciones e importaciones eran irregulares y predominaba la economía de autosuficiencia debido a la escasez de población, lo cual cambió de manera importante a mediados del siglo XIX (Flores, 1991).

La ruta salía del Valle Central por Cebadilla y bajaba

por una pendiente bastante prolongada hasta Río Grande, el cual se atravesaba por un puente estrecho. Las condiciones topográficas impedían el tránsito de carretas, por lo que sólo se podía trasladarse a pie o a caballo. El estado de los caminos durante los años 1820 - 1846 era muy precario, por lo que se dificultaba la comunicación e intercambio comercial entre las comunidades, pues para trasladarse de un lugar a otro se requería una gran inversión de horas y mucho esfuerzo físico.

Durante el siglo XIX, Costa Rica fortaleció las actividades agrocomerciales y la exportación de productos con la siembra de caña de azúcar, café y banano. Por lo cual, fue imprescindible mejorar las rutas de transporte terrestre con la disposición de caminos al interior del país, del centro a la periferia y hacia las zonas costeras (Flores, 1991).

Los caminos del centro a la periferia de la capital respondían a flujos migratorios hacia zonas de colo-

nización en Sarapiquí y en el Valle del General; las rutas hacia zonas costeras eran también necesarias para fortalecer el comercio internacional (Flores, 1991). La actividad cafetalera y el interés de los grandes productores y exportadores de grano de oro por contar con mejores vías de comunicación hizo que se establecieran impuestos para invertirlos en la mejora de las rutas nacionales y el trazo de carreteras, con lo cual se construyó la ruta nacional y puentes de piedra y ladrillo para unir los pueblos productores del Valle Central con Puntarenas, ante el incremento de las exportaciones hacia Europa.

De esta forma, se enlazan pueblos del Occidente, como Heredia, Alajuela, Grecia, Palmares, San Ramón de Alajuela, caracterizados por una intensa actividad agrícola. Y con ello se favoreció la recolección y transporte del grano de café y su traslado en sacos al puerto del Pacífico para su exportación por barco a Chile, de donde era enviado a Europa.

La ruta nacional trazada entre 1843 y 1845 financiada por la Sociedad Económica Itineraria responde a la necesidad de contar con mejores caminos que favorecieran el traslado del café al puerto para su envío a Europa. El reemplazo de las mulas por las carretas abarató los costos de transporte del café y la ruta era transitable a lo largo de todo el año, a pesar de las condiciones climáticas. La calle medía 20 metros de ancho y las orillas del camino estaban rodeadas de piedra; el centro del camino estaba cubierto de pequeñas piedras (cascajo) con un sistema de drenaje de agua a los costados. El recorrido saliendo desde San José duraba cerca de cinco días, haciéndose varios sesteos a lo largo de la ruta hasta llegar al puerto, así como el paso por el control de aduana.

Los refugios habían sido construidos por la misma Sociedad Económica Itineraria para favorecer a los transportistas, quienes requerían de condiciones mínimas para mantenerse bien y segura la mercancía. En los refugios se tenía que contar necesariamente con fuentes de agua y acceso a alimentación y otros servicios básicos.

El sesteo incluía la permanencia de una noche en el lugar, donde se agrupaban las carretas y desenyugaban los bueyes para que descansaran, se alimen-

taran en los pastizales y tomaran agua. Los boyeros, por su parte, permanecían en el lugar cuidando de los animales y resguardando las carretas y las mercaderías, aprovechando el tiempo para descansar, alimentarse e intercambiar experiencias con sus compañeros de viaje.

Varios eran los lugares para el sesteo en el Camino de carretas, localizados al este de La Garita, al oeste de la quebrada Poza Azul, en el sitio denominado "la Casa de la Nación", en el lugar conocido como La Boca (actualmente Barrio Jesús en Atenas) y en Desmonte. También se tenía un lugar de descanso en la plaza de San Mateo.

En el puesto de control ubicado en Río Grande de Atenas, los oficiales de aduana tenían la tarea de contar los sacos de café y verificar datos relacionados con la mercancía y propietarios.

Luego de permanecer varias horas descansando en el refugio de San Mateo, los boyeros emprendían su camino hacia Puntarenas tomando la ruta por la llanura, cruzando los valles formados por los cauces de los ríos que cruzan la zona, incluyendo el río Barranca, donde en época de invierno era necesario abordar una barca.

Debido a la época de cosecha, la mayor parte del café era transportado en verano, con lo cual se reducía el riesgo de que los sacos de café se mojaran. En La Chacarita existía otro puesto de aduana donde se chequeaba la carga, verificándose que fuera la misma reportada en el puesto de La Garita (Sáenz, s.d.)

Para 1889, el país contaba con una red de caminos empedrados y rodeados de cantos rodados (piedras redondeadas y lisas), adecuados para el tránsito de 1 o 2 carretas. En esta red se conecta a San José con Guápiles y Heredia, a este último se conecta a Atenas, Grecia, San Ramón y Esparza, y hacia el norte, se comunicaba a Esparza, Bagaces y Liberia con la frontera con Nicaragua.

Tal como se mencionó anteriormente, el trayecto en carreta de San José a Puntarenas tenía una duración entre cuatro y cinco días y comunicaba Cartago, San José, Heredia, Alajuela, La Garita, Atenas,

Atenas, los montes del Aguacate, San Mateo, Esparza y Barranca. Por la topografía del camino, en el regreso se invertían de cinco a seis días.

El ancho del camino permitía que solo pudieran cruzarse dos carretas en el trayecto. Se estima que cerca de setecientas carretas podían transitar en un solo día, independientemente de si venían del puerto o de San José. Como es de esperar, este alto tránsito de personas hacía que en la ruta existiera un gran dinamismo y demanda de servicios y productos, lo cual favorecía el intercambio comercial en los pueblos localizados en la ruta.

Atenas y San Mateo se vieron altamente favorecidos como destinos tradicionales para el sesteo, dado que los boyeros demandaban albergue y alimentación para ellos y sus animales, con lo cual se presentó un rápido desarrollo económico y comercial. A pesar de que la mayoría de boyeros permanecían en los lugares del sesteo, era común que las posadas y hoteles presentaran una alta ocupación; también era común la venta de comidas y bebidas, así como cigarrillos, fósforos, velas, licores, y otros productos básicos.

La mayor actividad en los lugares de sesteo se presentaba en horas vespertinas, donde además de incrementarse el número de viajeros que llegaban a las plazas para pasar la noche, era evidente la mayor presencia de vendedores con la oferta de productos. En el sesteo sobresalía también el ambiente de relajación y alegría, dado que los boyeros se dedicaban a la tertulia, al baile y al canto, con lo cual era común que transportaran sus guitarras o que músicos locales se presentaran en estos lugares para amenizar los bailes con marimba y acordeón.

En la madrugada, los boyeros se levantaban, tomaban café, enyugaban los animales y emprendían el viaje en grupo, una medida tomada por seguridad y acompañamiento. Generalmente iniciaban la caminata a las cuatro de la mañana hasta las diez; luego tomaban un descanso entre las horas donde el sol pegaba más fuerte, y reanudaban la marcha durante cuatro o cinco horas en la tarde. La fila de carretas era dirigida por uno de los boyeros con mayor experiencia y se acostumbraba mantener

una corta distancia entre cada carreta. La fila de carretas la cerraba el boyero líder del grupo o con mayor valentía, dado que los asaltos generalmente se hacían a las últimas carretas, principalmente si se quedaban rezagadas en el trayecto.

El alto tránsito de carretas por la ruta, y la aglomeración en los sesteos no estaba exento de conflictos. Las autoridades tuvieron que establecer normativas y sanciones para aquellas personas que provocaban desorden. La inseguridad se manifestaba en riesgo de robo de mercadería o peleas entre los transeúntes.

La Secretaría de Obras Públicas, actualmente el Ministerio de Obras Públicas y Transportes, tuvo que reglamentar y controlar ese creciente tráfico, imponiendo multas a los infractores a cargo de los "cabo-guardas" y "guarda-caminos" (antecesores de los actuales inspectores de tránsito); quienes, a caballo y con la cruceta al cinto, tenían que vigilar la Carretera Nacional, con el fin de evitar abusos y ofrecer seguridad a los boyeros.

La regulación del tránsito por el Camino de carretas incluía la forma en la que el boyero debía guiar la carreta, por delante de sus animales, ubicado al lado derecho de la vena. El recorrido de la carreta debía ser en línea recta y no zigzagueante, además de mantener el orden al pasar por puentes y orillar-se. El boyero tenía prohibido montarse en la carreta, llevar el chuzo atravesado o portar armas de fuego.

También había leyes para regular en los contratos de acarreo entre boyeros y los dueños de la carga. El boyero además debía aportar boletas que explicaran el nombre del propietario de cada saco de café transportado, sino se le decomisaba el excedente.

Por su parte, era necesario mantener el orden en los lugares del sesteo, donde era común que las personas ingirieran licor y surgieran problemas tales como quema de charrales, pleitos, robos de mercancía. Las multas podían ser económicas o el encarcelamiento de los infractores.

El crecimiento económico, producto del alto tráfico



Fuente: farm4.staticflickr.com

de carretas, tuvo una baja sensible con la construcción del ferrocarril San José – Puntarenas. El primer proyecto de construcción de ferrocarril de San José a Puntarenas data de 1854. El trayecto entre Puntarenas-Esparza inició en 1897; en 1902 comenzó la ruta entre San José-Orotina, y en 1910 la obra fue terminada para el servicio al público y la actividad comercial. Para muchos nativos de San Mateo, la construcción del ferrocarril al Pacífico y su trayecto por Orotina es muy probable el causante de que San Mateo presentara un rezago en el desarrollo económico y comercial, en comparación con el primero, y les molesta sumamente la ignorancia de foráneos cuando refieren San Mateo de Orotina, al no conocer que son dos cantones.

Además, la exportación del grano por el Atlántico, también hizo que cambiara el dinamismo comercial, una vez construida la ruta de ferrocarril hasta el puerto de Limón que conectaba Cartago y Alajuela con Limón, cuyo primer contrato de construcción se suscribió en 1871.

Tanto Atenas como San Mateo sufrieron un periodo de estancamiento en su desarrollo debido al

cambio en el tránsito, y con el trazado de la Carretera Interamericana después de la Segunda Guerra Mundial se presentó un aislamiento de la zona, conllevando a una considerable baja en la actividad comercial. Posteriormente, estos pueblos fueron adquiriendo cierto grado de progreso, a pesar de que la época de oro del camino de carretas llegaba a su final, y la actividad turística en Puntarenas repuntó la actividad comercial, con la venta de comidas, frutas y otros servicios.

El cierre del ferrocarril y más recientemente, con la construcción de la ruta 27, estos pueblos han sido afectados de manera considerable. La menor afluencia de viajeros, quienes prefieren irse por la ruta que presenta un viaje más directo, hizo que las microempresas dedicadas a la venta de frutas, productos tradicionales y servicios tengan menos demanda, lo cual ha ocasionado el cierre de locales y la reorientación de las actividades productivas.

Fuentes:
Flores, E. (1991). & Valerio, E. (1999).

El puente Damas sobre el río Jesús María

Sobre el imponente río Jesús María, entre el límite entre las provincias de Alajuela y Puntarenas, específicamente en el distrito esparzano de San Rafael, se ubica un hermoso puente de piedra tallada conocido popularmente como el Puente de las Damas.

De acuerdo con una publicación realizada en el Periódico El Mentor Costarricense que data del 15 de junio de 1844, el Puente de las Damas fue construido a mitad del siglo XIX, en una época de oro del cultivo del café, y ante la necesidad de contar con mejores caminos para facilitar el transporte del grano de San José hacia Puntarenas para su exportación hacia Europa.

Se afirma que dicho puente fue construido con el financiamiento obtenido por miembros de la Sociedad Económica Itineraria de Costa Rica constituida por acaudalados empresarios y cafetaleros que asumieron la construcción de la carretera hacia Puntarenas, incluyendo la construcción de varios puentes sobre los ríos Jesús María, Machuca, Esparza, entre otros.

Dado el alto costo del puente, la Sociedad decidió buscar donaciones públicas para financiar la obra, y es donde se destaca que de forma particular, para el caso de este puente, se recibió un alto aporte de mujeres pertenecientes a familias adineradas tal como quedó registrado con sus nombres en las actas elaboradas para tal fin, de ahí que se denominara como Puente de las Damas.

De bellísima arquitectura, este puente ostenta la declaración de Monumento Nacional desde el año 1974. Las primeras damas contribuyentes para la construcción de este hermoso puente fueron Dolores Oreamuno, viuda del Jefe de Estado Manuel Fernández Chacón; su cuñada, la señora Gerónima Fernández Chacón, viuda del cafetalero Mariano Montealegre Bustamante y sus hijas; asimismo, contribuyó Magdalena del Castillo Villagra, esposa del político y empresario Gregorio Escalante Nava.

La obra se construyó entre 1844 y 1845 y tuvo un costo aproximado de 8000 pesos. La historia popular del nombre de este puente, remite a que estas destacadas señoras visitaron el lugar en el momento de la construcción e inauguración del puente. Cuentan que donde se bajó la Primera Dama, la esposa del presidente, acompañada de un grupo de destacadas señoras de la alta sociedad, tuvieron que levantarse un poco los chingos de su largo vestido para cruzar el río y poder pasar al otro lado sin ensuciarlo. Recordemos que antes se usaban largas faldas con encajes y bordados. Eran tan largas las ropas que a la mujer no se le veía ni el tobillo.

En tiempos pasados, el área servía como camino para el tránsito de las carretas cargadas de café desde San Ramón hasta Palmares. Era un lugar de descanso de los transeúntes y también para el sesteo, donde los boyeros descansaban para luego seguir el camino hacia Puntarenas.

A partir de la necesidad de las carretas de cruzar, fue que se construyó el puente. Los caminos por donde pasaban las carretas con café se llamaban "Calles Nacionales". La calle que antes llegaba a San Mateo llegaba a un costado de la plaza de San Mateo.

Se hace la diferencia entre este puente y el famoso Paseo de las Damas en San José. Se afirma que su denominación data igualmente a fines del siglo XIX, en una zona de alto desarrollo puesto que se ubicaba la Estación de trenes al Atlántico y se evidenciaba un alto crecimiento residencial de migrantes europeos y familias acaudaladas, muchas de ellas vinculadas con la comercialización de café negro. Estos frutos, dicen los miembros del Centro Diurno de San Mateo, que también eran conocidos como damas.

Informantes:
German Morales, Rosita, Norma & Javier. (2012)

La devoción a San Caralampio

Mi mamá se llamaba Laura Serrano, era conocida como Cholita, y siempre me contaba lindas historias sobre el pueblo, y a mí me encantaba escucharla. Una de las historias que recuerdo con mayor cariño es la relacionada con el inicio de la devoción a San Caralampio en San Mateo.

Me contaba que hace más de cien años, San Mateo era un pueblo de paso de carretas hacia el puerto de Puntarenas. Era común el paso de los ganaderos que traían arriado el ganado desde el norte, con rumbo a la capital. Debido a ello, muchas historias fueron surgiendo, y mi mamá nos contaba cómo las personas debían esconderse en sus casas cuando venía el ganado, y pasaban los bravos animales por las calles. Más de una persona se llevó tremendo susto cuando, por el frente o en el patio de la casa, aparecía perdido un toro bravo, y era necesario esperar hasta que llegara el arriero a llevarse el animal.

Podríamos decir que, nuestro pueblo, era una ruta de paso muy importante del puerto a la ciudad de San José y viceversa.

Mi mamá decía que en la plaza de San Mateo se acostumbraba hacer el sesteo. En este lugar, se reunían decenas de carretas que se dirigían de otras provincias hacia el puerto o viceversa, tomando a San Mateo como lugar de paso. La mayoría de ellas, venían o iban por la ruta de Atenas. Se acostumbraba hacer un descanso en San Mateo, pasar la noche en la plaza y continuar con el recorrido el siguiente día, a tempranas horas.

En el centro de la plaza existía un enorme árbol de cenízaro. Al parecer un día de tantos, entre los muchos boyeros que llegaban a este lugar, llegó un señor desconocido que tenía a su hijo muy enfermo. En su carreta llevaba la imagen pequeña de San Caralampio, santo al que le tenía una gran fe y le rezaba con gran devoción para que le devolviera la salud a su pequeño.

El boyero debía continuar su camino, pero dejó

olvidada la imagen de San Caralampio bajo el árbol de cenízaro. No sabemos si la intención fue dejar la pequeña imagen para promover su devoción en el pueblo de San Mateo, o que accidentalmente la olvidó, sin regresar a buscarla.

Una persona que caminaba por la plaza encontró la imagen bajo la sombra del enorme árbol, y se dirigió a la parroquia para entregársela al cura párroco. Se decidió esperar al dueño que posiblemente regresaría a buscar la pequeña imagen, sin embargo pasó el tiempo y la persona dueña de la imagen no regresó a San Mateo. De esta forma, el pueblo adoptó a la pequeña imagen, la cual vino a ocupar un lugar especial en el templo, al lado del patrono, el apóstol San Mateo.

La fiesta en honor a San Caralampio se celebra el 10 de febrero. Anteriormente se celebraban unas fiestas muy lucidas, con una programación de actividades tradicionales diversa y la asistencia de una muchedumbre.

En la década de los sesenta resaltaban los coloridos juegos de pólvora que incluían a un torito lleno de cachiflines que correteaba a los muchachos por el parque. Las muchachas lucían sus mejores trajes y se paseaban por el parque, donde encontraban a su galán. Algunas barras de muchachos, mientras tanto, esperaban la visita de los foráneos, ya que, la costumbre era enfrentarse y demostrar valentía a través de los golpes, muchos con el afán de lucirse ante las jóvenes.

Con motivo de las fiestas de San Caralampio, era común contar con la visita de personas de muchos lugares aledaños al pueblo que querían participar de la fiesta. Era usual la participación de la Banda de Alajuela, la cual tenía a su cargo las retretas en el parque.

Los bailes se hacían en un salón que había en el pueblo, donde se contaba con la participación de las mejores orquestas del momento, entre ellas la de Lubín Barahona y la de Gilberto Hernández.

También se acostumbraba amenizar las fiestas con marimba, traída de Guanacaste.

Durante las fiestas, los hombres ingerían alcohol y los pleitos estaban a la orden del día. Desde la esquina norte del parque hasta la casa de Teresa Chang, los hombres se enfrentaban a golpes. Después, unos regresaban todos golpeados a su casa, mientras que otros eran encarcelados por el desorden y los delitos cometidos. Tan grandes eran los pleitos, que en el salón de baile se podían lanzar las sillas y las personas debían de estar listas para cubrirse del lanzamiento de objetos, en caso de que los pleitos se complicaran.

Para esas fiestas, en el salón Los Almendros, el finado David Venegas, dueño del lugar, acostumbraba traer marimba y amenizar el baile, incluyendo un grupo de mujeres de mal vivir de Puntarenas. Recuerdo que el señor siempre colocaba la marimba en un banco, previendo que si se armaba un

bochinche, se pudiera utilizar para proteger la marimba.

También eran comunes las subastas; de hecho, en los jardines de la parroquia se mantiene el encierro fijo para este tipo de actividades.

En el año 1972, se construyó un oratorio detrás de la Iglesia de San Mateo, como una donación póstuma de don Víctor Rodríguez Blanco, cuyo deseo fue fortalecer la devoción a San Caralampio entre los lugareños.

Las personas mantienen la devoción a este santo, como protector contra las pestes y enfermedades, para lo cual acostumbran realizar la siguiente oración:

Oración a San Caralampio

Dios y Señor Omnipotente, en cuyas manos están la vida y la salud de todos los hombres; por los méritos de tu siervo el Bienaventurado San Caralampio, presbítero y mártir, a quien concediste, en premio de su heroica fe y constancia en defender tu

Santo Nombre, que donde estuviesen sus reliquias, o en donde se celebrase su memoria, no habría hambre, ni peste, ni aire contagioso; te suplicamos humildemente, que venerando la memoria de su martirio y admirables virtudes, acá en la tierra merezcamos vernos libres de toda infección de alma y de cuerpo y después de gozarte en el cielo en su compañía; por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo tuyo, que Vive y Reina contigo, juntamente con el Espíritu Santo,
Dios por todos los siglos de los siglos, AMÉN.

Tomado de la Novena del Glorioso Presbítero y Mártir San Caralampio - Parroquia San Caralampio, Diriamba, Carazo, Nicaragua.
Pbro. Aureliano Edward O'Dowd Cura Párroco - 2000.



***Informantes:
Rita Calderón Serrano (2011).***

La Pachanga

Hasta la década de 1960, la población de San Mateo contaba con pocos medios de transporte para movilizarse a Puntarenas o a la capital. El tren era el principal medio de transporte, para lo cual las personas debían trasladarse a pie, a caballo o por otro medio, hasta llegar a la estación del tren en Orotina, y hacer su viaje.

Para esa época, San Mateo contaba con un único bus para trasladarse a San José, al que popularmente le llamaban "La Pachanga". El propietario de este vehículo era Isidro Rojas.

El bus salía del parque de San Mateo a las seis de la mañana y regresaba de San José a las cuatro de la tarde. Las personas tenían que organizarse muy bien para realizar sus mandados, dado que al existir un único bus y horario, era necesario ajustarse al tiempo disponible. Por este medio, las personas trasladaban mercaderías y animales, como gallinas y cerditos, para su venta en San José.

Uno de los choferes a cargo de la conducción de este bus era el orotinense Rafael Morales. El trayecto por la calle vieja hacía que fuera relativamente largo y peligroso, debido a las empinadas calles y pronunciadas curvas, principalmente en Desmonte, y a la salida del Alto del Monte, donde los choferes con poca experiencia tenían que enfrentar más de una vez tremendo susto, al no poder conducir hábilmente el vehículo, y enfrentar problemas de motor o un accidente.

Cuenta Carmen Peraza Granados que un día, su abuela Francisca, conocida como Chica, se dirigía a San José. Ese día, el bus iba a su máxima capacidad y entre los pasajeros estaba un señor, del cual no se conoce su nombre de pila, pero era conocido como "Currucha". Él llevaba una canasta llena de huevos para venderlos en San José.

En el Alto del Monte, el chofer no pudo hacer una buena maniobra en la vuelta de la calle, y el bus se volcó, provocando heridas y golpes en las personas. Pronto, los miembros de la Cruz Roja llegaron al

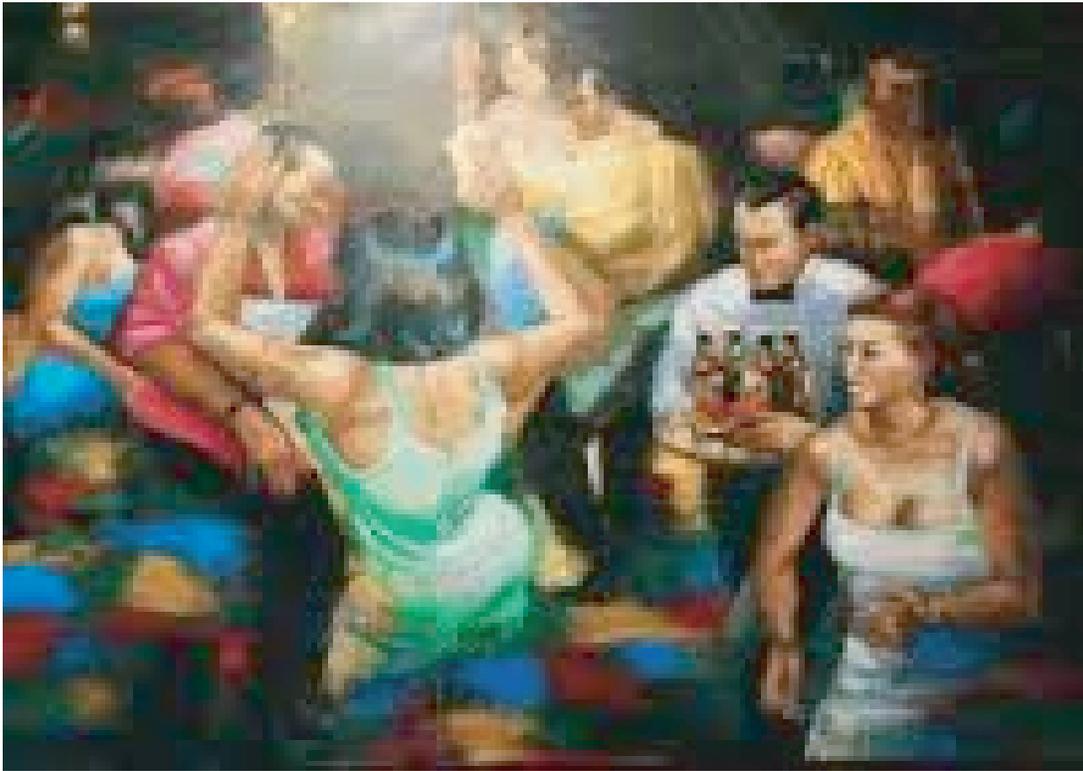
lugar del accidente y asistieron a los heridos.

Afortunadamente, abuela Chica salió ilesa del accidente, pero llegó contando a la casa la tragedia de Currucha. Al salir del bus, el señor se lamentaba diciendo "lo que más me duelen son los huevos", y los paramédicos muy preocupados lo revisaban, pensando en que por el accidente había sido golpeado en sus partes nobles, sin saber que se trataba de la canasta de huevos quebrados que había quedado en el pasillo después del accidente.

Informantes:
Floribeth Cubillo & Carmen Peraza (2015).



Baile en el salón "El Tamarindo"



Fuente: en.wikipedia.org

Cuando se hacían bailes en el salón "El Tamarindo", mis amigos y yo nos dedicábamos a asustar a las muchachas que llegaban ese día al baile. En esa época, se contaba con poca iluminación en los caminos y era usual que los bailes concluyeran a altas horas de la noche.

Al terminar el baile, las mujeres tenían que regresar a su casa y muchas transitaban solas o en pequeños grupos. Los bailes concluían cerca de la media noche, momento en todo el mundo regresaba a su casa a pie.

Los muchachos nos aprovechábamos de la situación, y decidíamos asustar a las mujeres para que nos pidieran que las acompañáramos.

Nos íbamos para Marañonal a esperar a las mujeres que viajaban solas, y uno de mis amigos, llamado Jorge "El Malaria", se ponía una sábana blanca con huecos que simulaban ojos, como si fuera un verda-

dero fantasma.

Cuando escuchábamos que las mujeres se acercaban, nos escondíamos y salíamos a asustarlas.

Informante:
German Morales Carvajal. (2012).



La pelada de Tamarindo

Las fuentes de trabajo en San Mateo entre 1950 y 1960 eran muy reducidas, por lo que cuando había oportunidad de trabajo, era altamente aprovechada por las familias del pueblo.

En época de verano, el trabajo se incrementaba por la cosecha de frutas, las cuales se comercializaban en la capital. La recolección de mango, tamarindo, caimito y marañón figuraba entre las actividades más arduas para la época.

Una de las actividades que convocaba a gran parte de las familias de San Mateo era la pelada de tamarindo, cuya principal siembra se ubicaba en la finca de don Manuel Peraza, reconocido productor de la zona.

Las vainas secas de tamarindo debían recolectarse de los árboles, trasladarlas en sacos y luego pelarlas para obtener las pegajosas semillas. Don Manuel Peraza pagaba a las personas el producto por peso y comercializaba en San José el tamarindo puro, sin ningún aditivo; otras personas sumergían el tamarindo en agua con miel o azúcar para elaborar una especie de conserva.

Las personas se reunían en la finca, donde recibían diariamente un saco de vainas secas de tamarindo que manualmente debían abrirse para extraer las semillas. Cada individuo se colocaba un delantal o ponía un trapo sobre sus piernas para pelar las vainas. Para aligerar el proceso, las personas golpeaban el saco para favorecer la salida de las semillas; otros apuraban el trabajo haciendo la extracción de forma parcial, dejando parte de las semillas adheridas en las vainas.

La mayoría de las personas eran cuidadosas en la extracción de las semillas, pero otras dejaban parte de las semillas en las vainas, por lo que don Manuel y sus familiares supervisaban la extracción de las semillas, procurando que se diera el mínimo de desperdicio.

Cuando las personas culminaban la tarea de pelar

el saco de tamarindo, llamaban al supervisor diciendo: "¡Vengan a revisar el montón!". Así se acercaba la persona y movían las cáscaras de las vainas secas para asegurarse de que no quedaran semillas sin pelar.

La pelada de tamarindo convocaba a un numeroso grupo de personas diariamente, quienes dedicaban varias horas en la extracción de las semillas. Sus manos se llenaban de una película pegajosa de tamarindo, que se eliminaba con restregar las manos con un trapo húmedo.

En la tarea de pelar las semillas de tamarindo, la finca de Manuel Peraza no sólo destacaba por la gran participación del pueblo en la extracción del fruto, sino por las tertulias, los cantos, las peleas y los chismes. Al finalizar la jornada, las personas recibían entre 1,50 y 2,00 por saco.

Otra actividad usual para esa época era la desgranada de maíz. Decenas de familias se reunían en la finca de don Manuel Peraza para destusar el maíz y desgranarlo, cuya paga se hacía por cuartillo.

Informante:
Floribeth Cubero & Carmen Peraza. (2015).

La conserva de marañón de doña Odilie

La historia de la elaboración de la conserva de marañón de doña Odilie Granados Solano nace en el poblado de Desamparaditos, ubicado a más de un kilómetro del centro de San Mateo.

Doña Odilie nació en Higuito de San Mateo y se casó con Rafael Peraza, nativo del centro del pueblo. A pocos años de casados se trasladaron a vivir a una finca ubicada en Desamparaditos, cuyos dueños vivían en Heredia y le permitieron a este joven matrimonio cuidar de la finca y hacerla producir, en condiciones difíciles, puesto no contaban con los servicios básicos.

El lugar estaba convertido en un charral, pero poco a poco se convirtió en una finca productiva, sembrada con frutales, además de contar con cría de cerdos.

La familia era numerosa, con ocho hijos pequeños. Por ello era necesario buscar diferentes formas de generar dinero para el sustento de la casa. Así fue como doña Odilie ideó elaborar conserva de marañón, como una forma de aprovechar el excedente de fruta y generar algunos ingresos económicos. Con el tiempo, fue posible que la familia adquiriera una finca en San Mateo y continuara con la próspera fábrica de conserva de marañón.

La recolección del marañón es una tarea de cuidado. Se requiere una varilla grande de bambú, hacerle varios cortes en un extremo e introducirle un tuco de madera, con la finalidad de formar una especie de corona. Con esta forma, la varilla facilita cortar el marañón maduro sin dañar los frutos no maduros que están cerca del mismo y evitar que la fruta se golpee, ya que queda prensada en la canasta y no cae al suelo.

Al inicio de la actividad se utilizaba solo el marañón producido en la finca y se procesaba la conserva en la cocina de la casa; pero al crecer la demanda, fue necesario comprar marañón a los vecinos e instalar la pequeña fábrica en el patio.

Se construyeron tres hornillas con barro y ladrillo rojo, en las que se colocaron tres pailas grandes para la cocción con leña. Cada vez se procesaba cerca de 100 cajas de marañón.

En la elaboración de la conserva participaba toda la familia. A los pequeños les correspondía lavar la fruta, quitar la semilla y punzar cada uno de los frutos con un tenedor, los cuales se colocaban en una olla y se hervían en agua. Esta tarea demanda gran esfuerzo, y la manipulación del marañón ocasiona que las uñas se manchen, asociado a las sustancias ácidas y urticantes que contiene la semilla.

Para la elaboración de la conserva es más provechoso utilizar el marañón criollo, pues por su tamaño y sabor, hace que la conserva quede más sabrosa y fácil de empacar. El marañón amarillo o salvadoreño, se caracteriza porque el fruto es más grande, pero al elaborar la conserva, el tamaño de la pasa es más grande, y al empacarla, como es por peso, puede ser que se empaquen menos unidades, lo cual no le gusta al consumidor final. Los marañones pequeños, conocidos popularmente como "güilitas", son delgaditos y de semilla pequeña, no apropiados para la extracción de la semilla, pero ideales para la elaboración de las conservas, dado que contienen poco jugo pero son dulces.

Posteriormente, los frutos hervidos se escurren, y aparte se prepara la miel con tapas de dulce que antiguamente se le compraban a un productor de Puriscal.

Los marañones se sumergían en la miel y se cocinaba a fuego lento durante dos días, hasta lograr que se empapara bien de la miel y se cocinara la pulpa. Una vez cocidos, con ayuda de un pascón o una canasta, se sacaban de la miel y se escurrían, para luego colocarlos en una especie de zaranda con la finalidad de asolear el producto hasta que se secase y adquiriera un color oscuro.



Fuente: saboresenlinea.com

Las semillas se colocaban en un saco y se asoleaban cerca de tres días. Posteriormente, se vendían a otras familias dedicadas a la extracción de las nueces.

La mayor producción de conserva sucedía entre noviembre y marzo. Inicialmente, el producto se ofrecía al frente de la casa, donde los vecinos y turistas nacionales que se dirigían al puerto, podían adquirir el producto, el cual poco a poco fue posicionándose en el comercio. Al principio, las personas rechazaban el producto por no saber cómo sabía y por su apariencia ennegrecida; sin embargo, doña Odilie y su familia se dedicaba a ofrecer muestras del producto y así fue siendo cada vez más aceptado, a tal punto que pudo colocarse en el mercado local, así como venderse en grandes cantidades a empresas.

Lamentablemente, con el transcurrir del tiempo, los hijos e hijas de la familia Peraza Granados fueron creciendo y se casaron, y doña Odilie dejó de producir grandes cantidades de conserva debido al gran trabajo que demandaba, y a la imposibilidad de cumplir con todos los requisitos

de exigía el Ministerio de Salud para el registro del producto. Aunque fue posible inscribirlo en una ocasión, por tener que invertir en mobiliario y otros requisitos, no fue posible mantenerlo registrado.

La conserva de marañón, en cuya etiqueta se identifica como "Pasa de Maraón Odilie", es un producto que forma parte de la historia de San Mateo. La tradición familiar fue seguida por Rafael Angel Peraza, quien procesa pequeñas cantidades de fruta en su finca ubicada en Marichal de Orotina. No obstante, según su hermana Carmen, ningún otro miembro de su familia ha seguido con la tradición y en ocasiones enfrenta el problema de descomposición del producto, debido a que procesa grandes cantidades pero no la comercializa.

También su hermana Mariángela continuó con la tradición de elaboración de la conserva en pequeñas cantidades, solo que utiliza cocina de gas, con lo cual no logra el sabor tradicional que otorga el humo de la leña.

Por su parte, Carmen Peraza continuó con la tradición familiar en la casa de sus padres, donde cuenta con una pequeña máquina elaborada artesanalmente para punzar los marañones, hecha por ella misma hace cinco años. Anualmente procesa el marañón que se produce en su finca, y vende el producto por encargo. En el 2014 participó en la Feria del Marañón, ofreciendo la tradicional conserva, para lo cual tuvo que procesar diariamente entre 25 y 40 marañones, conforme se iban madurando en la finca, y así poco a poco ir recolectando la cantidad suficiente para procesar la conserva.

Con el excedente jugo de marañón, doña Odilie procesa el vinagre, el cual se elabora con el jugo puro, se pone a fermentar y adquiere un sabor ligeramente ácido. También elabora el vino de marañón, para ello pone a hervir el jugo con azúcar y luego lo deja reposar en recipientes de vidrio durante un año y medio, lográndose una bebida fermentada de exquisito sabor. En el pueblo destacó don Aristides Salazar, quien se dedicaba a la venta de jugo de marañón.

Además de la familia Peraza, en San Mateo destacan otras familias que se dedicaron a la elaboración de conserva; sin embargo, se afirma que doña Odilie fue la pionera en la elaboración de la conserva, cuyos secretos los asocia a la selección de fruta y miel de caña de calidad, la cocción en leña y el tiempo de secado en el sol.



Un santo a sus pies

Una de las tantas historias que don Jorge, Coco, nos cuenta de San Mateo es la historia de un señor, quien arrepentido de sus pecados, llega al templo parroquial.

Cuenta la historia que para una Semana Santa, un señor muy triste por su forma de actuar, llega al templo de San Mateo con una actitud de arrepentimiento.

Recorrió el pasillo central hasta llegar a la primera banca, se sentó y comenzó a orar. En su desesperación y tristeza, y con el deseo de experimentar un acercamiento con Dios, se puso en pie y comenzó a acercarse a la imagen del Cristo Crucificado. Llorando, pedía perdón, y de forma insistente pedía fortaleza para que lo librara de sus deseos de ingerir alcohol.

Tanta fue la emoción y el deseo de liberarse de la esclavitud del alcoholismo, que decidió sujetar la

imagen, a tal punto que se guindó de los pies y se la trajo al suelo.

La imagen al estrellarse contra el suelo se convirtió en pequeños pedazos, mientras el sacerdote muy enojado regañaba al señor por su ocurrencia.

**Informantes:
Jorge Fuentes. (2011).**



El saco de pan

A mis ocho años de edad tuve que salir de la casa ubicada en San Mateo de Alajuela y dirigirme a Guanacaste en búsqueda de trabajo. Para aquel tiempo el trabajo en el campo era abundante en el norte y yo necesitaba trabajar.

Doce años pasaron luego de que decidiera visitar a mi madre. Traía suficiente dinero producto de mi trabajo como jornalero en los sembradíos de caña. Antes de llegar a casa, pasé a una panadería ubicada en Orotina y me compré diez colones de pan.

Con esa cantidad de dinero me llenaron un saco de tostados bollos de pan. Al llegar al corredor de la casa, pegué un silbido, reconocido por mi madre sin siquiera mirarme.

Abrió presurosa la puerta y me dio un gran abrazo. Habían pasado muchos días y años, desde que pequeño tuve que dejar mi casa materna para ir en búsqueda de trabajo. Tantas cosas teníamos que

contarnos que la noche se nos hizo corta.

Era costumbre de mi madre mantener la cafetera en el fogón, por lo que pronto estaba chorreando el café. Mientras nos contábamos anécdotas, deleitábamos el cafecito recién chorreado con el pancito que había llevado como regalo a mi mamá.

Informante:
Melesio Mejía Alvarado



La historia de Rayita

Había una vez una perrita que se llamaba Rayita y tenía un sueño. El sueño de Rayita era ir al puerto a bañarse al mar. Ella estaba muy cansadita porque había corrido mucho por la calle, pero igual quería ir.

Resulta que Rayita se fue para el puerto y le agarró mucha hambre, entonces comió copos, Churchill, ensalada de frutas y muchas cosas más. Ella comió tanto que le dio diarrea y hubo que llevarla al veterinario. A los días Rayita se compuso y volvió al mar a disfrutar de su sueño. Luego volvió a su casa y encontró a sus dueños y empezó a mover la cola porque estaba muy feliz.

Pero Rayita era una perrita muy ambiciosa, y decidió que su próximo sueño era ir al Polo Norte. Entonces Rayita se lo propuso, empezó el viaje y logro llegar al Polo Norte, y cuando llegó se dio 4 gustos. Fue a pescar en el hielo, esquió, juego en la nieve y otro montón de cosas. Rayita busco ramitas e hizo una fogata, en eso se recordó que le hacía falta la comida típica, ella se quería hacer un pollito asado, pero como no había pollo sacó unos pececitos y los asó. Ella preparó el pescado con una receta que le había dado Doña Catalina, una amiga de ella y estaba muy contenta con dicha receta. Después de comer Rayita se quedó dormida y soñó que estaba en un centro de reuniones en Guadalupe con unos señores y señoras, que eran sus amigos, en eso la despertó un oso polar. Entonces decidió que era hora de volver y se devolvió caminando.

Cuando volvió a Costa Rica, se encontró con su novio Coco. Ella se fue al Salón a hacerse las uñas y a acicalarse y se fue a las fiestas patronales con su novio, donde comieron churros, algodón de azúcar, chicharrones y disfrutaron mucho. Su novio Coco le dijo que estaba muy bonita.

Un día Rayita después de arreglarse el pelo en el salón, se encontró a Coco y este le dijo que iba a pedir la mano donde sus dueños; ellos eran Norma y Edwin. Rayita andaba con un delantal muy bonito. Había que mencionar que era 1950, Coco fue a pedir la mano y a ella le dieron permiso de casarse con

Coco. Rayita estaba muy feliz y se maquilló muy bonita. Dentro de tres meses ya tenían una casita amuebla y muy bonita. Estaban muy contentos y se daban muchos besos.

Rayita y Coco tuvieron 3 hijos: Copito, Yupi y Whiskey. Whiskey iba a la escuela con Copito y Yupi también quería ir, pero no la dejaban ir a la escuela, entonces ella se escapa para ir a la escuela, y ahí empezó a aprender mucho y llegó de nuevo a la casa. Ella se propuso ir, sin miedo a los castigos, ella no se dejó y al final se hizo modelo, hizo ropa muy coqueta y fue maestra de costura.

Siendo grande se acordó que su mama una vez había ido al Puerto, por eso ella también se fue con sus amigos, allá hicieron café y almuerzo y llegaron muy cansados a San José, en donde volvieron a cocinar algo rico y se fueron a dormir.

Whiskey se hizo muy bonito e inteligente y al final logro hacerse presidente de Costa Rica. Su hermano Copito era muy vago, pero al final le pido trabajo a Whiskey, diciéndole que él se iba a poner las pilas, por lo que su hermano confió en él y lo hizo Vicepresidente de Costa Rica y juntos lograron hacer de Costa Rica un lugar mejor.

Yupi tuvo perritos y todos fueron muy lindos.

Al final Rayita, Coco, Copito, Whiskey, Yupi y los nietos de Rayita fueron todos muy felices.

**Narrado:
Santiago (2013)**

La lagarta

En aquel entonces, estando yo muy nuevito, tenía yo 12, 13 años tal vez, al norte de San Carlos, allá cerca de la frontera, en los veranos se secaban todo lo que era riachuelos y posos. Las mujeres se iban a un río grandísimo que hay, creo que era el San Juan, armaban un grupo y se iban todas con la ropa a lavar, quedaba como a 2 horas, 2 horas y media de camino.

Resulta que una vez de esas tantas, íbamos 3 carajillos con ellas, llegamos al río, y entonces nos pusimos a pescar y no pescamos nada, entonces nos pusimos a bañarnos; en la cola hay una posa y empezamos a jugar, lo que le llaman "El coco", que uno lo toca al otro y lo quita y en ese plan. Resulta que teníamos casi media hora tal vez de estar en así, cuando yo llevaba el coco y entonces nos trepábamos a un sotacaballo y de ahí nos tirábamos de cabeza a la posa, y salí yo y me agarró un frío terrible, que me quede inmóvil ahí temblando, luego el otro compañerillo y me toca y me dice: "di haragán, que te paso", nombre hasta que temblaba yo de frío y también él se sienta, y llega el último y toca al otro y se sienta también, los 3 nos quedamos. En eso oímos un tremolín en el agua, un colazo que pegó una lagarta, que si nosotros caemos al agua, cualquiera de los 3, nos hubiera devorado. Yo le cuento a la gente, que ese frío que a mí me entro, eso lo hizo Dios para que no me tirara, que nadie más se tirara.

Luego vinieron unos familiares ahí y resulta que uno que se llamaba Víctor dijo que él se iba a quedar en el sotacaballo. Entonces como llegó bastante gente, muchachos grandes, empezaron a tirarse ahí, y el otro estaba como a 100 varas esperando a que la lagarta pasara a flor de agua, venía serenita buscando otra vez. La lagarta anduvo ahí en la orilla de la correntada y se tiraron unos a agarrarla, y le cogieron el rabo y empezaron a jalarla, y la jalaban y llegó un señor Melico Salazar y dijo: "Preste para ayudarlos yo". Mire tardó más en tocar la lagarta al otro, al señor ese y mire los revoleó a todos. Después dijeron: "Ahorita vuelve, ahorita vuelve", y volvió, entonces cortaron un palo grande, le abrieron las

tapas y la amarraron, y así fue como la sacaron, un animal enorme.

Luego la pelaron, le sacaron el cuero y ahí la dejaron, porque era tan grande que ni el caballo que llevaron, pudo jalarla más de cincuenta varas.

Informante:
Santiago. (2013).



La terciopelo



Fuente: conicit.go.cr

Resulta que yo había comprado una finquita, un terreno montaña, verdad, un tacotal, que es como decir monte grande pero no hay madera gruesa, solo madera liviana.

Me fui con un cuñadillo mío que estaba nuevito a trabajar porque estaba haciendo paso yo, para meter el ganado y comienzo a sentir yo al llegar a un plano, una inquietud, una cosa fea y yo volando cuchillo y esa majadería, y me vine y había un palo y me puse a orar yo, y ahí le pedí a Dios que me ayudara y ahí vine y cogí el sombrero y me lo puse y ya vine yo y seguí trabajando y había pegado como cuatro machetazos cuando se me desenguaracó una terciopelo de 3 varas y medio, y se fue desenguaracando ese animal. Ese era el problema que yo sentía, esa impresión. Nunca había intentado yo pelar una culebra, porque les tengo asco, pero esa si se me metió pelarla, porque era tan grande. Una vara de una tabla de tres varas, ahí pegue el cuero y todavía sobro como una cuarta.

No es jugando. Yo le decía la cuñadillo mío: "Chapeáte ahí, para que la rodeemos y no se nos vaya", que va, pobrecito cuando vio ese animal le dio miedo, no quiso. Se va ir la culebra, se vino y se fue

estirando. Yo me vine a la par de la culebra, la bordeé, me vine yo a la par de la culebra, y le di, no con el filo, sino con el lomo y ahí la agarre y así fue que la mate, porque la bicha iba agarrando la montaña, por el corte del tacotal, ahí la maté, pero la jupa de ese animal era como del tamaño de mi mano. Me hubiera mordido no estuviera contando el cuento. Nunca en mi vida había matado yo una culebra como esa.

Informante:
Santiago. (2013).

Chichón, un personaje del pueblo

Eulogio Moraga, más conocido como "Chichón", era un personaje de los años cincuenta recordado por el miedo que sentían los más pequeños del pueblo al verlo.

Su trabajo consistía en trasladar los cerdos muertos del rastro o matadero a la carnicería para proceder al destace. Se caracterizaba también por elaborar ricos chicharrones, para lo cual sazonaba la carne con bastantes ajos y orégano.

El miedo de los chiquillos se atribuía, en primera instancia, a su rostro y grotesca expresión. Lo describían como un viejo feo, con su frente llena de arrugas y expresión malhumorada. Acostumbraba a llevar sus pantalones arrollados hasta las rodillas y la camisa desabotonada. No usaba zapatos y las uñas de sus pies eran sumamente grandes, como unas peinetas.

Cuando se trasladaba por las calles con el cerdo en sus espaldas, hacía múltiples muecas y era chocante para los pequeños ver cómo las patas del chicho se movían al son del paso de Chichón. La cabeza del animal se asomaba al lado de uno de sus hombros, como si fuera observando el camino hacia la carnicería. La camisa que cubría su espalda siempre lucía con manchas de sangre y tierra.

De tal forma, que cuando Chichón recorría las calles, todos los güilas salían espantados hacia sus casas.

Contaban que, con sus pies descalzos y grandes uñas, trazaba el suelo para buscar yucas.

Mientras Chichón hacía los chicharrones, los güilas golosos se acercaban a mirarlo cocinar. Sin embargo, este los espantaba con sus muecas o simplemente se ponía a hacer ruidos con el cuchillo y pronto los chiquillos se retiraban del lugar.

Generalmente, movía de forma amenazante su cabeza, como si fuera un garrobo que pronto ataca-

ría a su presa, y los chiquillos comprendían que debían retirarse porque estaban molestando al rudo cocinero.

Informante:
Carmen Montoya.



José, el policía del pueblo

Antiguamente, la autoridad en el pueblo era sumamente respetada. Existían los policías rurales y los llamados policías del resguardo, quienes siempre estaban listos para evitar las sacas de guaro de contrabando.

Acá en San Mateo se guarda gratos recuerdos de José Rodríguez, más conocido como Josepe, quien en la década 1950 tenía a su cargo velar por la seguridad del pueblo de San Mateo.

Vigilante, este policía caminaba por las calles velando por la seguridad de todos los habitantes del pueblo.

Con coyunda de cuero de toro, era común que chilillara a los menores de edad, quienes se entretenían en el centro del pueblo después de las siete de la noche. Antes de esa hora, Josephe advertía a los menores de edad que debían irse para sus casas, sino les podía dar chilillada con autorización de los padres.

-“El policía nos despachaba para la casa, y nosotros teníamos que irnos sin mucha resistencia” - comentó Lourdes Rodríguez, vecina de San Mateo de Alajuela.

Pero, para Jorge Villalobos, lo más curioso era que a pesar de que el policía les diera el chilillazo, cuando llegaban a sus casas, los papás los recibían con otro chilillo por haber llegado tarde a la casa. Además de que siempre se aprobaba la acción del policía.

Otra anécdota asociada con este personaje tiene relación con la instalación del primer teléfono en el pueblo. Según cuenta Jorge Villalobos, cuando se colocó la primera línea telefónica en el pueblo, esta fue toda una novedad. Durante el primer día, el uso del teléfono fue abrumador, dado que las llamadas no tenían costo y muchos en el pueblo, querían tener la experiencia de llamar por teléfono, por lo que hacían grandes filas en el parque

para tener acceso a él.

Josepe quería también participar de la novedad, por lo que se acercó al parque para hacer su llamada telefónica. Este llamó a un amigo de apellido Collado para que le comprara un par de zapatos del mismo color de los que andaba puestos y el chiste está en que, para que su amigo supiera cuál era el color de los zapatos que él quería, acercó la bocina del teléfono a sus zapatos.

Informantes:

Lourdes Rodríguez & Jorge Villalobos. (2011).

Chocuaco y el excusado de hueco

A vísperas de la celebración de la fiesta patronal en San Mateo de Alajuela, las personas se preparaban para participar, activamente, en el turno y las corridas de toros. A mi casa llegó una señora invitada por mamá para estas fiestas. Al día siguiente, como a las siete de la mañana, yo estaba sentado en el trono del excusado de hueco, a causa de una diarrea.

En San Mateo se acostumbraba arriar los toros desde el corral hasta el redondel el propio día de las corridas. En aquel tiempo, las cercas consistían en pocos hilos que dividían los terrenos, debido a ello, fácilmente, un toro bravo podía desviarse del camino y llegar a la propiedad ajena.

Mientras estaba en el excusado, escuché la bulla de los arrieros, quienes llevaban a los toros. Por un hueco pude mirar que se acercaba rápidamente hacia donde yo me encontraba un toro bravísimo. Este notó mi presencia y empezó a rondar la zona. De repente, metió un cachazo y con un movimiento de su testuz arrancó la pequeña casuchilla del excusado. Yo tuve que salir corriendo, subiéndome rápidamente los pantalones mientras miraba hacia atrás con susto de que el toro me persiguiera. En casa tuvimos que colocar un nuevo excusado, tanto por la necesidad, como para atender, como se debía, a la invitada.

Durante la tarde y antes de la celebración de la misa, la señora se acercó al excusado para hacer una necesidad. Ya había pasado más de una hora desde que nuestra invitada había ido al excusado y nos preocupaba si se había ido entre el hueco. Entonces, mamá se acercó a la puerta y preguntó si tenía algún problema.

Dentro de la casuchilla del excusado, la señora lloraba y lloraba. Su plancha de dientes se le había caído en el hueco. Mamá me mandó a buscar a Chocuaco, para que nos hiciera el favor de buscar los dientes de nuestra invitada.

Yo fui, inmediatamente, a llamar al vecino quien

pronto llegó a la casa.

-“Por cinco pesos le saco la plancha del excusado”- dijo Chocuaco.

Y una vez aprobada la oferta, Chocuaco empezó a ver cómo hacía para rescatar la prótesis. Al final tuvo que meterse en el hueco y batir bien el fondo hasta encontrar la plancha. Con alegría, comunicó a los expectantes sobre el hallazgo y rápidamente salió del maloliente sitio.

Informante:
Jorge Villalobos. (2011).



Una yegua blanca en el cementerio



Fuente: ojodigital.com

Eran como las cinco de la tarde, cuando me dirigía a casa de mi novia. A medio kilómetro de San Mateo se encontraba el cementerio. A esa hora estaban enterrando a Ángel Venegas.

Yo caminaba presuroso por entre los barriales para que no me sorprendiera la noche. Apenas tuve la oportunidad de mirar el tumulto de gente a la entrada del cementerio y recé un padrenuestro por el finado, a quien bien conocía y le había negado días atrás la invitación a un trago.

Llegué a casa de Marta Iris, mi novia, quien ya me estaba esperando en el corredor de la casa. Aprovechaba que los suegros no estaban para quedarme unas cuantas horas más conversando con ella. Entre una y otra conversación el reloj marcó las once y media de la noche. Me sorprendí, ya que era tan tarde y de repente todo se quedó en calma y misteriosamente comenzaron a caer cientos de granos de maíz desde el techo de teja. Parecía que estaba lloviendo maíz. Los granos caían por entre

las tejas, me asusté y fue entonces cuando decidí regresar a la casa, ya era muy tarde.

Las callejuelas eran muy oscuras y apenas podía ver el camino, iluminado por la luz tenue de la luna. Muy cerca del camino, aullaban varios coyotes y las canillas, temblorosas, no me permitían avanzar con mayor rapidez.

Cuando ya me iba acercando al cementerio, se lograba divisar la luz tenue de la única bombilla que estaba instalada a la entrada del camposanto. En eso, se me metió la idea, ya que, como ese día habían enterrado a Ángel, corría el peligro que me asustara, dado que le había negado los tragos.

El presentimiento desbordó mi mente y cuando faltaban como quince metros para llegar al portón del cementerio, me sentí muy asustado. En eso miré al horizonte y apenas logré ver un brazo moviéndose de un lado para el otro.

Pensé inmediatamente: “Dios mío, es el brazo de Ángel llamándome, insistentemente, desde el portón del cementerio”.

Yo sentí que me iba a desmayar. Todo el cuerpo se me aflojó del susto que tenía. Un muerto me estaba llamando desde el portón del cementerio. No me podía devolver hacia la casa de Marta Iris. La única opción que tenía era tomar otro camino y devolverme hacia Esparza; sin embargo, requería recorrer una distancia de más o menos 21 kilómetros entre calles embarrialadas.

El brazo se movía, vigorosamente, de un lado para el otro.

Estaba muy perturbado. Al ver esa escena aterradora entre la penumbra de la noche me preguntaba: ¿será que habrán enterrado a Ángel vivo y logró salir de la bóveda y ahora me estaba pidiendo ayuda?

La bombilla alumbraba muy tenuemente, apenas lograba identificar esa sombra del brazo que se movía insistentemente. Así que tenía que tomar una decisión. No podía quedarme ahí, paralizado. Luego de unos cuantos minutos, tomé valor y decidí enfrentarme al ánima de Ángel. Me agaché, tomé una enorme piedra y aunque me temblaran las canillas, seguí por el camino decidido a mandarle una pedrada si el espanto intentaba acercarse a mí.

En eso pensé que los muertos no pueden comportarse como seres vivos, por lo que no podía ni tan siquiera tocarme.

Me encomendé a Tatica Dios para que todo saliera bien. Me persigné y a gatas me acerqué poco a poco a la entrada del cementerio. Al mirar que el brazo se movía, mandé la primera pedrada. Pero, ¿qué pasa?, me pregunté asombrado.

En el momento de lanzar la primera piedra, un gran caballo blanco se paró en el sitio de inmediatamente. Era el caballo de Jaime Álvarez, que acostumbraba a dormir en la entrada del cementerio. Y como era tan grande y el galerón estrecho, quedaba parte de su trasero y cola casi en el portón. Al mover la enorme cola, de lejos parecía el brazo de

una persona que se agitaba de un lado a otro, como llamando.

Informante:
Jorge Villalobos “Coqie” (2011).

El paseo a Tivives

El paseo a playa Tivives era muy esperado por nosotros. En total éramos ocho familias, quienes nos preparábamos con anticipación para ir al paseo. Hace más de cincuenta años, estos paseos eran toda una aventura y nos teníamos que trasladar en carreta.

José María Corrales, Laura Serrano, conocida como Chola, y los hermanos por parte de madre se organizaban para ir a este paseo, para lo cual se duraba cerca de ocho días.

En caravana iban unas dos carretas, donde se trasladaban los más pequeños, la comedera y los artículos personales. El primer sesteo se hacía en la Estación de Dantas, donde se desenyugaban los bueyes para que descansaran y la gente se dedicaba a descansar o dormir.

Al siguiente día, los dueños de las carretas alistaban de nuevo las mismas, alimentaban y enyugaban los animales, y todos continuaban el camino en caravana hacia Tivives.

Cada familia llevaba lo suyo, su comedera que también compartía con los acompañantes en el viaje. No faltaba el bizcocho y el pan casero. Al llegar a la playa, cada familia buscaba su lugar para la estancia al aire libre. Se instalaba un fogón con tres piedras, y cada quién cocinaba los alimentos necesarios, tales como café, aguadulce, arroz, frijoles y huevos.

Por el calor, generalmente se usaba ropa liviana, la cual era fácil de lavar en el río para quitarle la sal, y durante la noche, era común las tertulias mientras a lo lejos se escuchaban las olas del mar.

Este paseo era muy sano y todos disfrutaban del trayecto desde que salíamos de San Mateo. Durante la estancia en la playa sacábamos pianguas del manglar, armaditos de mar, camarón, ostiones o almejas para hacer con arroz, por lo que el menú era muy variado.

Infomante:
Rita Calderón. (2011).



Fuente: aroundguides.com

Pedro Godoy y los jardines de la Parroquia



Pedro Godoy nació en Nandayure, Guanacaste y fue en el año de 1994 cuando empezó a dedicarse al cuidado de los jardines de la Parroquia de San Mateo de Alajuela.

Humilde, con una gran alegría y paciencia, realiza un trabajo muy valioso para la Iglesia y la comunidad, como lo es el mantenimiento de las zonas verdes y limpieza del templo parroquial.

Con su escoba y rastrillo recorre, cuidadosamente, las zonas verdes de los alrededores de la Parroquia.

Su misión es mantener limpia y bella la zona, para que tanto los oriundos de San Mateo como los turistas encuentren satisfacción al visitar este pueblo pintoresco.

Gentilmente recibe a los visitantes y les explica la razón de su presencia en los jardines de la parroquia. También les habla de un encierro para el

ganado que se subasta en las fiestas patronales en honor a San Caralampio o de la construcción del oratorio a este santo, al que se le atribuye la protección contra las pestes y calamidades.

Legendas



Mujeres y varones encantados

En el río Machuca, hace unos años yo iba a camaronear con carburas y era usual que se aparecieran mujeres vagas o brujas. Yo he visto más de una mujer sentada en una piedra, vestida de blanco y peinándose el cabello.

En una quebrada ubicada en Sardinal de Puntarenas, como a las cinco de la mañana vi a una mujer de cabello largo haciéndose colochos. Estaba vestida toda de blanco y con la pierna cruzada; era una mujer lindísima de cabello claro (una machota), hermosa, parecía una muñeca Barbie. Traté de acercarme a ella y estando muy cerca, ella se levantó y comenzó a caminar, pero veo que no iba caminando, ella iba volando, en el aire. Se desplazaba a favor de la corriente de agua. También vi otra mujer en el estero de Mata Limón.

Me encontraba pescando, eran como las dos de la madrugada, y de pronto me salió del agua una mujer de vestido blanco. El estero estaba seco entonces ella salió por el playón. Me quede viendo el playón y como era de noche, la arena se ve bien, así como las huellas. Mi sorpresa era que no quedaban huellas de ella al caminar, y pienso yo, esta mujer va volando. De pronto llegó al muelle y se fue hasta parar en un portón. Por ese lugar hay un restaurante que se llama La Leda, por ahí pasó y desapareció.

Otra vez me paso con un varón encantado. Estaba pescando tranquilo, solo, solo, solo. Miro a la par mía y hay un hombre cerca de mí pescando. Hasta la ropa le vi, andaba un jeans y una camiseta. Me fijé en la arena y no habían huellas de su caminar, y al rato volví a ver al mismo lugar y ya el hombre había desaparecido.

Cerca de San Mateo hay un lugar que se llama Desamparados y le digo a un sobrinillo mío: "Roy, vamos al bar a tomarnos unas cervecillas". Eran ya como las dos de la tarde y pasábamos por la quebrada de los Vargas.

Era un día de verano y tempranito nos devolvimos

hacia la casa, como a las seis de la tarde. Nos devolvimos caminando y en esa bajada hay un farallón. Nosotros veníamos tranquilos, ni siquiera mareados porque aquí con ese calor las cervezas no hacen nada.

Me detuve y sentí como que me jalaban, y voy viendo una moto Yamaha. La moto salió del cerrillo con dos hombres, el que iba guiando la moto y el que iba montado atrás. La moto bajó la cuestilla y en el puente se desapareció. Y me dice mi sobrinillo: "Tío, ¿usted vio eso?". Y le digo yo: "Claro". Y me dice: "Tío, ¿verdad que esa moto salió del cerro?". Claro que salió del cerro, y le digo yo: "¿Usted no vio donde se desapareció la moto, entrando no más al puente? Y me dice: "Sí, tío, por eso le pregunté. Yo vi la moto que venía y desapareció". Asustado me dice: "Soquémosle", pero yo le dije que no, que era todavía temprano. Eran motociclistas fantasmas.

Informante.
German Morales. (2012).

Una historia de duendes

Existen muchas historias de espanto relacionadas con las pozas y ríos encantados. Así, por ejemplo, sé de la aparición de duendes y mujeres vagas encantadas o encantadoras que se les aparecen a los hombres cuando se encuentran cerca de pozas o en el mar.

Se dice que los duendes son ángeles que cayeron del cielo cuando aquella famosa guerra del arcángel San Miguel contra el hombre ese (Lucifer); y entonces, aparentemente, fueron expulsados del Reino de los Cielos y ellos cayeron aquí, y en el aire quedaron. Otros dicen que son los rayos y los truenos.

Los duendes se aparecen en los ríos. Son hombres de pequeña estatura, con barba y visten de colores llamativos. Lo que hacen los duendes es llevarse a cualquiera, lo que les gusta es perder a la gente. En los ríos es donde viven ellos y generalmente aparecen en lugares frecuentados por la gente, por ejemplo, en las pozas. Cuando una persona se acerca y anda sola, podría ser víctima de un duende. Cuando se llevan a los chiquitos, lo hacen solo para perderlos, ellos le toman cariño a la persona.

También los duendes pueden dejar el río y llegar hasta una casa. Cuando llegan a una casa, se encariñan con ese lugar y hacen travesuras. En las casas donde habitan los duendes, pueden aparecer huevos quebrados en las paredes en las casas y trastes rotos. Si los duendes se aquerencian en una casa, eso tiene remedio.

Uno los espanta fácilmente: se consigue una guitarra y la afina, bien bien afinadita. La guitarra afinada la deja sobre una mesa al comenzar la noche. Como los duendes son tan traviesos, es probable que alguno llegue y toque las cuerdas. El sonido emitido por las cuerdas bien afinadas les será repulsivo, dado que se acuerdan de la música celestial. De manera inmediata desaparecerán, huyendo del sitio.

Un compañero de la escuela tenía ese problema allá por el barrio San Cayetano, por la plaza González Víquez. A ellos le llegaban los duendes en la noche y por la mañana había tazas quebradas y huevos estrellados en las paredes. El papá del muchacho afinó su guitarra, la que dejó sobre la mesa, y después de que escucharon sonar las cuerdas afinadas de la guitarra, todo se quedó en silencio: los duendes desaparecieron.

Yo vi un duende una vez. Seguro era que yo era muy feo, entonces él se asustó y salió corriendo. Eso me ocurrió cerca del río María Aguilar, en San José. El duende era un hombrecito como de 75cm de altura y tenía una barba blanquita. Vestía un pantaloncito azul y camiseta roja y estaba debajo de la sombra de un palo de sauce. Pero ya no era sombra, ya eran como las 6 de la tarde. El duende me llamaba con las manos; yo estaba a la orilla de un muro de retención en una propiedad. Veía al señor ese, y seguro como yo en ese entonces era muy chiquito e inocente, era un güila monaguillo de la Iglesia de San Cayetano, entonces yo salí corriendo y le conté a mi tía.

**Informante:
German Morales. (2012).**

Con las ropas al revés

En las riberas del río Machuca me han pasado dos cosas asociadas con brujas. Andábamos mi sobrino, mi hermano y yo camaroneando. Si la luna sale tarde uno espera tipo 6 o 5:30 de la tarde con la carbura y uno lo que hace es no partir el camarón, uno se va con un cuchillo sin filo, le amolla el filo. El cuchillo se usa nada más para golpearlos, para que el camarón quede entero.

Nos vamos desde el puente y empezamos a subir el río. La luna se metía a las 4 de la mañana, ese día teníamos bastantes horas de tiempo de 6 de la tarde hasta las 4 de la mañana, y por aquí hay una poza que le llamaban el Playón, un lugar bastante tranquilo.

Cazando camarones uno anda estilando, con zapatos viejos. Como uno tiene que andar en las piedras de los ríos, llegamos al playoncillo y me dice mi hermano: "Descansemos un rato. Fumémonos un cigarro". Nos sentamos como en un triángulo, los dos andábamos carburas. Mi sobrino era el encargado de recoger los camarones que quedaban en el agua bajita (que es donde se quiebra). Estábamos descansando, se escuchaban aquel montón de grillos, se oyen ruidos de bichillos de monte que andan. De pronto le soplan a la carbura de mi hermanillo y la apagan, las carburas cuesta mucho apagarlas, es como un soplete. Le digo yo a mi hermanillo, no ve que nos están dejando sin luz, saquemos las velas por aquello. Al ratito vuelven a soplar las carburas y las velas y nos dejaron a oscuras.

Entonces yo le digo: "Mejor no encendamos nada y vámonos". Como la piedra en la noche de ese río es blanca se ve bien en la oscuridad, uno no se pierde, ni se tropieza y es piedra grande. Prendimos en carrera, en contra de corriente. Salimos y escuchamos unas risas, eran como cinco viejas.

A carcajadas esas mujeres nos cerraron a pedradas. Era una guerra de piedras. Le digo yo "mi hermano, corra todo lo que pueda". Nos fuimos por Desamparados y nos metimos por el farallón, Por ahí pasa-

mos sin pensar en culebras ni en nada, y salimos a la calle. Yo soy el primero que sale a la calle y había una chancha pero grandísima, y se me viene a mí el animal encima a mordisco abierto. La cierro a machete y la chancha en un solo ronquido y un gruñido y yo volándole machete y no la pude pegar. Esa chancha era una de ellas (de las viejas de la quebrada). Si yo hubiera tenido en ese momento la idea de que eran brujas, me quito la camisa y se la tiro y se convierte.

Le digo yo a mi hermanillo: "Agarre usted la chancha mientras tanto. Vuélele machete mientras yo me cambio la ropa". Ahí me quité la camisa y el pantalón y le di vuelta y me la puse al revés. Entonces la chancha comenzó a caminar para atrás, yo me le iba arrimando y la chancha se iba para atrás y les digo: "Cámbiense la ropa también ustedes". Entonces la chancha lo que hizo fue que se brincó la cerca y cruzó la calle.

Debajo del otro puente del río Machuca hay una quebrada que en ese tiempo era lindísima. Íbamos mi concuño, mi sobrino ese Walter, mi hermano y yo. Nos sentamos a esperar que amaneciera, a esa quebrada nosotros llegamos a la desembocadura a las 5:30 de la tarde. A las 6 de la tarde encendimos la carbura y desde que uno entraba a esa quebrada era matando camarón grandísimo con una tenazas larguísimas.

La cuestión es que serían las 8 de la noche cuando nos dice el concuño: "Ahorita llegamos al ranchón donde papá tenía un trapiche". La cuestión es que comenzamos a alumbrar con la carbura hasta que encontramos el ranchón, solo se le veía la cúpula. Antes de pasar el rancho había un palo atravesado ya estaba sin cáscara porque llevaba tiempo de estar ahí, pero estaba seco y el agua le pasaba por debajo. Al pasar nosotros, el palo se mojó.

Ya pasamos el ranchón y seguimos y seguimos caminando como 3 o 4 horas. Después volvemos a pasar de nuevo por donde se encontraba el palo y le digo yo a mi concuño: "José, ¿sabés una cosa?"

Nosotros, no sé cuánto hace, pero nosotros ya pasamos por aquí". Él me contesta: "¿Cómo se le ocurre?, nosotros ya vamos llegando a los estantes de arriba". Yo le decía: "No, este palo está húmedo de cuando nosotros pasamos. Sigamos y vamos encandilando a ver si vemos el ranchón". Vamos viendo el caballete y me dice: "German, vos tenés razón", y le digo: "¿Sabe lo que pasa? Es que nos tienen perdidos". Me dice: "¡Hombre!, no puede ser". Encandilo yo el agua y en vez de ir contracorriente para arriba, caminábamos a favor de corriente.

Le digo "Vea. Nosotros vamos bajando, nos dieron vuelta". Nos quedamos ahí y mi concuño era nerviosísimo y lo veo yo así, como sudando, y le digo de forma tranquila: "Aquí lo que hay que hacer es volverse la ropa al revés". Nos volvimos la ropa al revés y como que nos durmieron un rato, o sea perdimos la noción del tiempo. Cuando nosotros volvimos en sí, estábamos sentados a la orilla del río en la desembocadura.

Informante:
German Morales. (2012).



Tazo y la fiesta embrujada

En San Mateo había un hombre que se lucía muchísimo llamado Tazo Jiménez. Siempre le gustaba tener las mejores bestias del sector y vestía bien al animal. Un domingo para salir le ponía la mejor montura, con barbas, ¡una belleza!, con la trenza y todo.

La cuestión es que le gustaba tomarse sus traguitos, era parrandero. Una noche venía borrachitico sobre el caballo y había un pedrón a la orilla de la calle (por el río José María). Se encuentra cuatro mujeres y arriba se ven unas luces.

El hombre se queda viendo y dice: “Díay muñecas, ¿qué hacen ahí a estas horas?”. Y dice una de las mujeres: “¡Ay, mirá lo que nos hacía falta, un hombre bonito!”, y lo hicieron bajado del caballo. Las mujeres le dicen a Tazo: “¡Vamos, entremos al baile! Nos hacía falta un hombre para bailar. En el salón hay comida y bebida”.

La cuestión es que se baja Tazo del caballo y lo jala de la rienda y las mujeres le dicen que lo amarre en un horcón. – Por aquí está el camino con flores y todo; deje aquí el caballo amarrado afuera – le dijeron. Tazo dejó amarrado al caballo y preguntó: “¿No le pasará nada?”. – No, no tranquilo – le respondieron. Él dijo: “Es que este caballo lo quiero como si fuera de la familia”, y las mujeres le contes-taron que nada le iba a pasar al animal.

Suben y llegan a aquel fiestón, luces por todo lado. Había cerveza y panecillos, una belleza aquella fiesta y todo gratis, y el hombre bailando. Tazo continuó tomando unas cervezas bien heladas y comiendo panecillos, riquísimos. Resulta que a las 5 de la mañana comienzan a cantar unos gallos por allá, y el hombre no supo más de las cosas. Como a las 10 de la mañana se despierta y está acostado en un charral, pero espantoso. Se encontraba casi a la orilla de la cerca, pero el lugar estaba lleno de beju-cos.

En la orilla habían unos tarros y lo que tenían eran orines de yegua. La cerveza y los panecillos que

Tazo tanto disfrutó en la supuesta fiesta eran boñi-gas de caballo. Amaneció con la trompa llena de zacate y se pensó: “¿Qué es esto?, ¿dónde estoy?”. – Y, ¿mi caballo que se haría? – fue en lo primero que pensó.

Se sentó para ver si se le bajaba el mareo, había tragado bastantes orines. Se acostó bajo la sombra de un palo de guácimo y ahí estaba el caballo colgando, se lo habían ahorcado.

Tazo se fue a pata para la casa llorando por el caba-llo, pensando en la maldad de las brujas.

Informante:
German Morales. (2012).

El cadejos visita "Los Veranillos" de Orotina



Fuente: *leyendas-urbanas.com*

Mucha gente es ahora incrédula a los espantos. Sin embargo, quiero contarles una historia reciente que pasó en Barrio Nuevo de Orotina, conocido también como "Los Veranillos".

Mi hermana vive en este barrio y hace unos pocos días, por la noche, venía un muchacho. Era entre las diez y las once de la noche. Él venía en su moto y saliendo de la calle lastrada del barrio hacia la calle principal, se detuvo para mirar si venía algún vehículo. Fue entonces, cuando pudo observar la presencia de un extraño hombre que se acercaba. Al llegar casi al lugar en donde se encontraba. El hombre se agachó y se empezó a retorcer en el suelo. Parecía que su cuerpo se enrollaba como un caracol.

Entre tanto movimiento, de repente el hombre se convirtió en un perro de color café, que corrió hacia un terreno desocupado y misteriosamente desapareció.

Ese perro era el Cadejos, que se le apareció al muchacho de la moto.

Informante:
German Morales. (2011).

Viene la Tule

Hace muchos años me dirigía a mi casa, en San Mateo, después de terminar el baile en el salón del pueblo.

Eran como las diez de la noche. La calle estaba solitaria y caminaba presuroso para no llegar tan tarde a la casa.

Mientras caminaba, se me apareció un pequeño tronco en medio de la calle, con un tamaño aproximado de metro y medio de largo.

El hecho me sorprendió, dado que su aparición fue inesperada.

Del tronco hueco se escuchaba un ruido extraño. Traté de ignorar su presencia, pero lo más inexplicable fue que al continuar con la marcha, el tronco comenzó a rodar, como si estuviera persiguiéndome.

Me sentí muy mal. Sentía, que me perseguía algo sobrenatural. Tanto era el miedo que tenía que, imaginaba que en mi espalda había una cosa rara. Caminaba cada vez más rápido, pero el tronco seguía ahí.

Desde el lugar de su aparición hasta mi casa había una distancia aproximada de 900 metros. Durante todo este trayecto, el tronco siguió rodando conforme yo avanzaba en el camino.

Al llegar al portón de la casa, me sentía casi descompuesto. Mi hermana me abrió la puerta y notó que algo extraño me sucedía. Estaba muy pálido y sudoroso.

Para recuperarme fue necesario tomarme una taza de café y hasta me frotaron con alcanfor.

En eso me preguntaron en casa: "Pero muchacho, ¿qué te pasó?".

– Cuando venía del baile, se me apareció la Tule –

les dije muy asustado.

– ¡Eso le pasa por andar caminando a altas horas de la noche! – contestó mi hermana.

**Informante:
German Morales. (2011).**

El cadejo

Cuando tenía 12 años, en el mes de mayo (mes del Rosario de la Virgen), mis tres hermanos y yo salíamos pero solo a actividades que tuvieran que ver con la iglesia.

Nos alistábamos y salíamos pero mis dos hermanos mayores le decían a papá que iban para el Rosario pero no lo hacían y se encontraban con la novia; sin embargo, el mayor era un poco chismoso y le contaba a papá toda la verdad y él nos castigó por eso.

A mamá le iban a regalar entonces papá nos dijo (a los tres que íbamos para el Rosario) que llamáramos a la partera y nos advirtió que si llegábamos tarde nos iban a asustar.

Fuimos a llamar a la señora. Papá tenía unos bueyes que dormían bajo un árbol de mango muy grande y frondoso que había. Para salir a llamar a la partera había que abrir un portón y caminar 200 metros hacia la calle principal donde había un marañonal.

Cuando íbamos caminando los tres escuchamos algo que tosió y pensamos que había sido uno de los bueyes de papá; sin embargo, la tercera vez fue muy fuerte y de una vez nos dimos cuenta de que lo que tosía no era un buey; entonces mis hermanos se escondieron menos yo, en el momento no sentí miedo pero luego el miedo me invadió completamente.

Por el susto que me dio me tapé con ramas, pero luego sentí que un animal me había pasado por encima.

Mis hermanos salieron de donde estaban escondidos y le contaron a mamá, luego ella empezó a preguntar por mí pero no me encontraron porque María, una vecina, me tenía escondida.

María comentó que en el corredor de su casa había un animal que estaba jadeando muy fuerte por la carrera que se había pegado pero que no era un buey, sino el Cadejo.

Informante:
Carmen Montoña. (2012).



El espanto del taconazo

Los bailes en San Mateo de Alajuela eran muy concurridos. Como principal diversión en la zona, todos los sábados decenas de muchachos y muchachas participaban del baile el cual, generalmente, terminaba entre las diez y las once de la noche.

Al regresar, se acostumbraba que grupos de muchachas se acompañaran entre sí, para transitar por las oscuras calles del barrio.

También muchas parejas aprovechaban la salida para compartir un ratito en el parque, hasta la 1:00 am. Sin embargo, el parque se convertía en un lugar muy oscuro, principalmente, después de las diez de la noche cuando en el pueblo apagaban las luces que iluminaban la zona.

De repente, una extraña figura, como de una palmera empezó a asustar a quienes acostumbraban quedarse en el parque. Se oían los pasos de un caballo, el arrastre de algún objeto raro que no era posible mirar con claridad, dada la oscuridad del lugar.

Pronto se difundió la noticia en el pueblo: "Cuidado, el diablo se está apareciendo en el parque". Es el espanto del taconazo, dado que se escucha con claridad los pasos de una persona o los cascos de un caballo que se traslada de un lugar para otro. Quizás puede ser el diablo que taconeá con insistencia para asustar a quienes se divierten con el baile.

Tanto era el susto de las personas, que poco a poco desistieron de ir al parque hasta que alguien descubrió que se trataba de una broma.

Jorge Molina y Coque eran los creadores del espanto del taconazo. Astutamente, se aprovecharon de la poca iluminación del parque y ubicaron una palmera seca, la cual arrastraban de un lugar para otro y con unos zapatos de madera o suecos hacían el ruido de los pasos que tanto

miedo causó entre los que acostumbraban ir al parque en las noches.

Informante:
Jorge Villalobos. (2011).

Bibliografía

Castro, J. (2008). Rumbo del Camino Nacional para los años de 1856-57. Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

Flores, E. (1991). Geografía de Costa Rica. Volumen 3. [3ª edición]. San José: EUNED.

Garrón, V. (1989). Joaquín García Monge. Serie: Quién fue y qué hizo. [2ª edición]. San José: EUNED.

León, J. (2003). Evolución del comercio exterior y del transporte marítimo de Costa Rica 1821-1900. Colección Historia de Costa Rica. San José: EUCR.

Méndez, R. (2010). Puentes con aroma de café. Revista Áncora, La Nación. 4 de julio.

Valerio, E. (1999). Historias de mi tierra: Atenas. Recuperado de <http://calinse22.wix.com/atenasdigital#!/-caminodecarretas/c1wtx>